

CAPITULO V

De los templos y lugares sagrados que tuvieron los del reino del Perú.

Dos maneras hubo de templos acerca de la gente del Perú, así como también hubo dos maneras de dioses.

Los antiguos templos fueron muy diferentes de los que adelante labraron los Reyes Ingas, porque eran edificados dentro de poblado, en lugares llanos, eran oscuros y bajos en los edificios, sus piezas y aposentos eran muy pequeños y estrechos, de manera que cualquiera que entraba dentro, se le entristecía el corazón, y no era maravilla, pues vivía en él el príncipe de las tinieblas.

La causa de edificar estos templos desta ma-

nera, fué porque sus dioses lo pedían así, y eran tan sujetos aquellos pueblos á estos dioses, que si no hacían lo que les era mandado, creían que todos los males habían de venir sobre ellos.

Todo esto hubiera quitado aquel gran Rey Pachaquiti Inga, mas viendo que de ello se causaría inquietud y alteración, tuvo por bien de que se quedasen con sus antiguos dioses y templos, mandando que sobre todos los dioses fuese adorado el Sol, y á él le fuesen hechos los más suntuosos templos, y así los templos que fueron hallados famosos y dignos de ser notados por obra maravillosa de nuestros españoles fueron los dedicados al Sol.

La manera de edificar estos templos era muy diferente del antiguo que usaban, así en el asiento como en la arquitectura y riquezas. Cuanto á lo primero, el sitio era en lugares muy anchos y altos, así como en cerros y cuevas, porque señorease la ciudad y el lugar adonde se edificaban, y si eran las ciudades en tierra llana, hacían unos promontorios de tierra altísimos, y sobre aquello edificaban el templo.

La obra de estos templos era de esta manera: primeramente se hacía un gran cercado redondo de cuatro ó más estados en alto, dentro de este muro se labraba otro de la mesma hechura.

ra, y acaecía hacerse dentro del segundo cerco otro tercero, y en el tercero otro cuarto, el cual quedaba llano sin levantar tapia que sobrepujase al suelo.

En aquel último cerco edificaban cuatro cuartos en cuadra, á manera de cuatro dormitorios, ó ángulos de monasterio, las paredes tenían muchas ventanas, á la manera de las antiguas iglesias de España, como se ve en Santa Leocadia de Toledo fuera de los muros, de manera que todo el edificio pudiese estar muy claro, dentro de aquel cuadro ó cuartos estaban los altares, y allí estaba en el lugar más preeminente la figura del Sol puesta con gran majestad y aparato.

Estaban estas piezas cubiertas de ciertas labores y artesones de madera muy curiosamente.

Este templo tenía dos portadas muy grandes por donde entraban en él, subíase á estas puertas por dos escaleras que tenían treinta gradas.

La riqueza de los templos era grande en lo interior, porque todo era comunmente oro y plata y otros metales riquísimos.

Tenían labrados en los metales carneros y corderos y otros animales de oro tan al vivo,

que ninguno de los antiguos fué mejor maestro que los del Perú.

Todos los templos en común eran ricos, unos más que otros, según la posibilidad de los señores y pueblos que los labraban.

Ponían colgados en las paredes animales de oro, que eran ofrendas que daban al dios.

Tenían los templos á la una parte como oratorio, al lado oriental, adonde sale el Sol, con una muralla grande, y della salía un terrado de anchura de seis piés, ó en la pared se hacía un hueco ó encaje adonde estaba la imagen del Sol, de la manera que nosotros la pintamos, figurada la cara con rayos también de oro; esta ponían cuando el sol salía en aquel altar, de manera que mirase al nacimiento, porque desde que salía el sol hasta que venía mediodía, se miraban el sol verdadero y el fingido, y despues volvíanlo á poner en otro altar ó encaje, de suerte que el resto que quedaba del sol se viesen como á la mañana.

Dentro de las dos cercas primeras que dijimos del templo, estaban edificados los aposentos de todos los ministros que servían en el templo así como sacerdotes y sacerdotisas. Allí había aposentos adonde labraban ornamentos para el templo, tenían bodegas y despensas

adonde se ponían todos los vinos y aves y animales vivos y muertos, que se habían de sacrificar.

Había sacristías adonde había ornamentos de lana y algodón de colores finísimos, y de tal manera estaba el edificio, que estaba muy claro todo, y se dejaba ver cada cosa facilísimamente. Muchos templos tenían los del Perú, famosos, pero dos fueron los más ilustres.

El uno fué el de Pachacama y el del Cuzco.

El de Pachacama era todo labrado de oro por dentro, aunque cuando los nuestros españoles fueron, ya hallaron muchas planchas quitadas, pero con todo eso hubo grandes riquezas en él; de manera que bastara á hartar la hambre de cualquiera gente, salvo la de los españoles, que fué la mayor que se lee en las historias.

El del Cuzco, que hoy decimos ciudad de los Reyes, fué también excelentísimo, así en la arquitectura como en las riquezas, porque las paredes eran de piedra muy bien labrada, y entre piedra y piedra, por mezcla y cal, echaban estaño y plata, cosa nunca oída; toda la obra de dentro estaba aforrada y cubierta de chapas de oro, no sólo las paredes mas el cielo ó bóveda y el mesmo suelo.

Estas chapas no eran delgadas ni pequeñas, mas grandes, como grandes espaldares de sillas, y gruesas como un dedo; pesaban unas con otras á quinientos castellanos.

Destas quitaron algunas los primeros españoles que entraron en la tierra, que fueron en número de setecientos, las cuales se entregaron á Pizarro.

Desguarnecieron este templo con ciertas hachetas, ó barras de cobre, que solían servir desto.

Tenía este templo infinidad de tinajas y cántaros y piezas y vasijas, para el servicio del templo, todos de plata y oro: y para esto había innumerables maestros que no entendían en otra cosa toda la vida, era famosísimo, porque era como Metrópoli y cabeza de otros muchos templos. Otras cosas notables se cuentan de los lugares sagrados que ellos tenían: pero porque no pasaba de aquí lo que había rico, me parece que es supérfluo hablar deste propósito más.

Solo diré que los otros templos que había de diversos dioses, eran también principales, porque aunque el Rey Pachaquiti Inga, quiso que principalmente fuese aquel Sol reverenciado, todavía quedó algún rastro de su idolatría antigua: esto pareció bien cuando nuestros espa-

ñoles pasaron en aquellas partes, principalmente en la ciudad de Pachamacha, adonde hallaron en el templo famoso del dios Pachamacha, (que según parece se nombra la ciudad del Nombre de Dios, como hoy lo hacemos los cristianos, que llamamos la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, por el santo que allí hay, y á Santiago, por el Santo Apostol que allí hay, aunque se llama Compostela de antiguo); este templo, como los demás, era muy curioso, aunque olía mal.

Aquí tenían un ídolo hecho de madera y de mala facción, sucio, y en este tenían singular devoción muchas gentes de la provincia, y de la manera que nosotros visitamos al Apostol Santiago ó Nuestra Señora de Monserrate ó Guadalupe, así frecuentaban los del Perú este templo, y era tan frecuentada esta romería, que de trescientas leguas le visitaban y le ofrecían muchos dones.

En este ídolo respondía el demonio muchas veces, y le vieron muchos de nuestros españoles, y así tenía persuadido á la gente, que él era el verdadero dios, que tenían por cosa muy averiguada que él dió principio á todas las cosas, y él les daba los mantenimientos y todo lo que habían menester en esta vida.

Pero cuando se comenzó la predicación del Evangelio, luego cesó de dar respuestas, y aunque algunos de los indios le llamaban, no respondía, porque haciendo del enojado se fué á lós montes, aquel demonio que allí hablaba, viendo que se convertían muchos, pero como creciese la religión verdadera, y que iba perdiendo tierra, determinó engañar la gente con decilles que ya hablan tratado de paces el Dios de los cristianos y él, y que ya tenían determinado que fuesen reverenciados los dioses, y que de allí adelante le sirviesen como solían, y que él los ayudaría.

Pero como esto faese mayor mal y error, no dió lugar Dios que el siervo malo tuviese asiento tan principal en la casa del Señor.

Esto es lo que se puede decir de los templos del Perú, en los cuales lo más que había que notar eran las riquezas grandes que dentro tenían, con que se hicieron riquísimos los primeros que conquistaron la tierra.

CAPITULO VI

De los sacerdotes que habia en las Indias de la Nueva España, de sus grados y órdenes, cómo tenían su Sumo Pontífice, y otros que eran menores como Obispos, de sus nombres y hábitos, costumbres y religión, de su castidad y penitencia, de la manera cómo eran elegidos para aquellos oficios.

Después de haber tratado de los sacerdotes y ministros de aquellas gentes que tan repúblicas se mostraron entre los Griegos y Latinos, vengamos agora á mostrar qué ministros y sacerdotes tuvieron los indios que nosotros hemos tenido por bárbaros; y sin duda que si han sido notables las cosas que atrás quedan dichas, que

no parezcan las que dijéremos en este propósito dignas de ser despreciadas.

Cuanto á lo primero, los Indios tenían muchos grados de sacerdotes, según los ministerios y oficios que administraban.

Había Sumo Pontífice, ó Sumo sacerdote, y este era el supremo; después había otro inferior á él, y este era como digamos entre nosotros obispo, y al obispo había otros subordinados que le reconocían, y estos eran los sacerdotes. Había así mesmo otros ministros del templo como dignidades de las iglesias catedrales en el pueblo cristiano; así como tesoreros, maestre escuelas, sacristanes y mozos de coro, como todo se dirá por orden.

Sumo Pontífice.

El sumo sacerdote, en la lengua mexicana, se llamaba Ihehuatecotl, que era tanto como el supremo de los consagrados á Dios, y que tenía jurisdicción sobre todos los demás; pero una cosa me pone admiración, que dice el obispo de Chiapa en aquella su *Apología* que en cierta lengua, llamada Totona, llamaban al sumo sacerdote Papa; en la lengua mexicana no quería decir esto, mas cabellera que criaba el sacerdo-

te, y de aquí es que nuestros españoles como no entendían bien la lengua, llamaban á los sacerdotes Papas, porque veían llamar Papas á los cabellos de aquellos ministros.

En fin, este nombre Papa fué tenido como suprema dignidad entre muchos de los indios, por lo cual el primero obispo de México, mandó que en las oraciones adonde añadimos Papa, no se dijese Papa, mas sumo Pontífice, porque no pareciese á los indios que en nuestros sacrificios se hacía mención de sus sacerdotes, idólatras y ministros del demonio.

El hábito más señalado de los sacerdotes, era traer cabellos muy crecidos, que llegaban hasta debajo de las rodillas á manera de los antiguos Nazareos, y traíanlos muy negros y hechos trenzas, como lo usan algunas mujeres.

Traíanlos muy sucios y así parecían feos, porque nunca los lavaban ni peinaban.

Allende de esto acostumbraban tiznarse y ennegrecerse, y cubriánse con unas mantas negras de grandor y anchura de dos varas, hechas en cuadra.

El sumo sacerdote traía una borla que le colgaba por el cuello á manera de joyel y en esto solo se diferenciaba de los demás sacerdotes.

El obispo que era menor que el sumo sacerdote, se llamaba Hupixe, que quiere decir gran ministro de Dios.

A los sacerdotes menores llamaban Tetuy-pixque, que significa cuasi oficial de Dios, derivándolo de esta dición Tetuy, que es Dios, y de Pixque, que es oficial: las demás dignidades tenían sus nombres, que se derivaban de los oficios que administraban; al que nosotros llamamos tesorero, decían ellos Tlaquimilcotl, que significaba administrador de la hacienda de los dioses.

Al maestro-escuela decían Tlamacaxcatecotl, que significaba tanto como maestro, ú oficial de los ángeles, ó mozo de Dios, porque Tlamacax quiere decir mozo, y Catecotl, maestro ó enseñador.

Al sacristán llamaban Tlilancacatl, que es el que trataba los ornamentos sagrados.

A los mozos de coro decían Thehutlacacaha, que significa mozos de la casa de los dioses.

Así tenían otros oficios en sus templos que eran entre ellos muy honrados.

Algunas provincias había en la Nueva España que tenían seis sacerdotes principalísimos, que serían como Arzobispos y Patriarcas; pero sobre todos era el gran sacerdote; éstos todos

eran en gran manera honestísimos y muy castos; en viendo mujeres, bajaban los ojos hasta el suelo.

Nunca bebían vino ni cosa que les sacase de su juicio emborrachándose; nunca llegaban á mujer, porque la castidad era lo que estimaban en más; en sus movimientos guardaban mucha mortificación, gravedad y mesura, por lo cual eran muy estimados y reverenciados como santos, y tanta autoridad tenían sus palabras, que en hablando uno una cosa, por increíble y dudosa que fuese, la creían.

Gobernábase la tierra mediatamente por ellos, por cuanto recibían las respuestas de sus dioses, y decían á los Reyes y señores lo que había, y después según aquello proveían.

De manera que si se había de dar guerra, ó hacer otra cosa de pro y utilidad para la república, primero se había de consultar con los sacerdotes, y ellos respondían lo que se había de hacer.

Cuando ordenaban á sus sacerdotes.

Acerca de ordenarse los sacerdotes, y cuáles habían de gozar de esta dignidad, hallo esto:

Que el mayorazgo, hijo de señor, sucedía en el estado y hacienda, y si tenía dos hijos, el segundo era sacerdote, pero el pontífice mayor siempre era hijo del Rey, ó del mayor señor de la tierra adonde se habían de criar y ordenar los tales ministros.

En otras provincias todos los sacerdotes eran criados por elección: así lo usaban los Totonaques.

Los sacerdotes de tanta auctoridad eran cada uno de ellos, cuanto se allegaba más en el número al supremo; de manera que el primero era más principal que el segundo, y el segundo que el tercero; en fin, que no eran todos iguales.

Cuando moría el sumo sacerdote, sucedíale el segundo de los que quedaban, ó el más antiguo, digamos, al cual los demás sacerdotes unguían con gran solemnidad; el óleo era unguento hecho de un licor que se llama en su lengua Olei, el cual era mezclado con la sangre de los niños que circuncidaban; con esto unguían la cabeza del nuevo electo, y esto era de tanta fuerza que luego tomaba la potestad y jurisdicción de su oficio, y hecho esto por los sacerdotes luego venía el pueblo y le hacía reverencia y le consaludaba como á su pastor, y dábanle las gracias porque se encargaba de aquel oficio.

Eran tan estimados los sacerdotes entre los indios, que no sabría yo decir con palabras encarecidas lo mucho que eran y el crédito que tenían.

Es verdad que en algunas partes tenían más auctoridad que en otras, así como los que administraban en templos famosos y dioses señalados, de la manera que hoy lo vemos en las iglesias principales que son de mayor reputación que los de las iglesias y parroquias comunes.

Muchas gentes venían á visitar á estos sacerdotes de muy lejos por devoción, y encomendaban en sus oraciones todos sus negocios.

Estos, así como eran más principales, así también se aventajaban en la vida más religiosa, porque eran como monjes, y así el mismo sumo sacerdote consultaba con ellos los negocios más árdulos, y tan encerrados vivían y tan apartados de conversación, que jamás hablaban sino con los que venían á tratar de cosas espirituales, ó venían á encomendarles sus necesidades; todo lo demás, estaban en cuclillas, las cabezas bajas con semblantes muy tristes.

Sus hábitos eran unas pieles de ciertos animales, con los cabellos muy largos, encordonados y hechos trenzas; no comían carne, y en el

lugar adonde se dedicaban, allí vivían y morían sin elegir otro lugar.

Cuando alguno destes sacerdotes más religiosos moría, elegían otro que fuese en vida y conversación más conocido; no había de ser mozo, mas viejo, y que pasase de setenta años, que hubiese ya probado todas las cosas, y tuviese experiencia de todo; había de haber sido casado, pero entonces había de estar viudo si había de ser elegido.

Estos allende del principal cargo que tenían en las cosas de la religión, tenían por oficio escribir en sus figuras y caracteres las historias y hechos notables de sus Reyes y gente, y dábanlas á los pontífices mayores, y después estos pontífices, predicando al pueblo, referían los hechos notables de sus mayores.

En la provincia de Tenacan, que es treinta ó cuarenta leguas de México, tenían en los templos capellanes perpetuos, que siempre velaban y se ocupaban en oraciones, ayunos y sacrificios.

Este perpetuo servicio se repartía de cuatro en cuatro años, y los capellanes así mismo eran cuatro, y estos se llamaban Monauhxiuhzauque, el cual vocablo es compuesto de tres dicciones, conviene á saber de cuatro, y año y ayu-

nar; estos sacerdotes entraban en los templos como nosotros en los treintanarios cerrados, por sus veces: uno un mes ó treinta días ó más cada uno de los cuales por todo el tiempo que allí estaba, no tenía más que una manta de algodón y un maxtil, que es como un almaizal de algodón delgado, con el cual cubrían sus vergüenzas con cierta manera que no afeaba los muslos. No tenía más ropa de día ni de noche, ni en verano ni en invierno; tenían por camas el suelo y por cabecera una piedra, ayunaban todos aquellos cuatro años. Su ayuno era no comer carne, ni pescado, ni sal, ni Axi, que es la pimienta que nosotros llamamos de Indias, sin la cual aquellas gentes viven dificultosamente; no comían, cada día, más de una vez á medio día; y su comida era una tortilla de maíz, que ternía como dos onzas de pan, y la bebida era una escudilla de atulli, que es como unas puchas ó comida rala; fruta, ni miel, ni cosa dulce, no la podían comer sino de veinte en veinte días, que eran sus días festivos y solemnes, en los cuales podían comer y beber cuanto quisiesen, y de todo lo que hallasen.

En cada uno de los cuatro años les daban una vestidura, y uno de aquellos velos ó almaizal, para cubrir sus vergüenzas.

Este ayuno era común á todos aquellos cuatro sacerdotes; su ejercicio y ocupación en todo este tiempo, era estar siempre velando; de noche cantaban á sus dioses diversos cánticos muy devotos que tenían ordenados; para velar las noches, repartíanse de dos en dos, y así velaban una noche dos, y dormían los otros, y así pasaban todos aquellos cuatro años; en toda la noche no dormían, y de rato en rato hacían sacrificios á sus dioses de sí mismos, como adelante veremos.

Estos por esta penitencia tan áspera se hacían dignos y merecedores que el demonio les apareciese ó ellos lo fingían, y decían al pueblo lo que les había revelado; de manera que lo que ellos mandaban que se hiciese ó prometían que acaecería, tenían por cosa muy aprobada, porque decían que los dioses lo mandaban.

Cuando eran preguntados qué figura era la que veían, ó en qué forma les aparecía su dios, respondían que veían comunmente una cabeza con cabellos largos y este les hablaba.

Estos, después de acabado su tiempo, contaban á los que les hablaban y venían á ver, maravillas, así de las visiones como de la perseverancia de la penitencia y ayunos, y los reyes holgaban mucho de aquello, porque tenían por

gran punto que fuesen estimados y venerados sus dioses.

Si acaso se hallaba alguno destos cuatro sacerdotes haber llegado en el tiempo de su penitencia á alguna mujer, juntábanse muchos sacerdotes de los otros, y otro mucho pueblo y examinada la causa y convencido, sentenciábanlo á muerte y ejecutábanla de noche, y matábanlo con darle muchos golpes en la cabeza y después lo quemaban, y quemado y hecho ceniza aventaban los polvos por el aire, porque no quedase memoria de tan mal hombre, porque tenian aquel pecado cometido en tal tiempo, por abominable sacrilegio.

Si moria de su enfermedad, estando en aquella penitencia, luego ponian otro que supliese aquel oficio, y teníaase por mala señal y juzgaban por cosa cierta que moririan algunos señores aquel año y habria mortandad de personas señaladas, y ansí todo aquel año era triste para todos, creyendo que los dioses habian de tomar venganza de ellos.

CAPITULO VII

De otros muchos ministros que servian en los templos de los Indios, los cuales servian como sacristanes, con otras cosas curiosas. Trátase así mesmo de los sacerdotes del Reino del Perú.

Allende de los sacerdotes que hemos dicho, tenian los indios otros ministros de menor grado y autoridad, los cuales ayudaban y servian á los otros sacerdotes; en el número no había cuenta, porque según era el pueblo así había más ó menos; á veces habia treinta y cuarenta sacristanes y á veces menos.

De estos habia dos géneros de ministros, los unos eran hijos de señores y caballeros, como acá decimos hijos dalgo, los cuales tenían cargo